

# **La renovación kirchnerista en el Conurbano Bonaerense: más allá y más acá de la identidad peronista.**

Julieta Lenarduzzi.

Cita:

Julieta Lenarduzzi (2011). *La renovación kirchnerista en el Conurbano Bonaerense: más allá y más acá de la identidad peronista. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/565>

## **La renovación kirchnerista en el Conurbano Bonaerense: más allá y más acá de la identidad peronista**

Julieta Lenarduzzi

Becaria de Posgrado tipo I, CONICET. Miembro del equipo de investigación "Las nuevas formas políticas", Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

[jlenarduzzi@gmail.com](mailto:jlenarduzzi@gmail.com)

En las elecciones de 2007, una novedad surgió en el Conurbano Bonaerense: en varios distritos, mediante el uso de listas colectoras, candidatos venidos desde fuera del Partido Justicialista, pero inscriptos dentro del Frente para la Victoria, vencieron a los intendentes en ejercicio. Esto dio lugar a la escenificación de la 'renovación' kirchnerista en el espacio local, que se suponía superadora de las tradicionales formas de hacer política en los municipios. El presente trabajo, a partir del estudio de los casos de Almirante Brown, Lanús y Quilmes en el período 2007-2009, se interroga sobre el modo en que estas expresiones 'renovadoras' se relacionan con la identidad peronista y con el Partido Justicialista, con la hipótesis de que la 'renovación' se figura a la vez como proceso de destrucción y de restauración de las identidades y organizaciones tradicionales, en conjunción con elementos de la 'nueva' y la 'anti' política características de las últimas décadas. Para observar las dimensiones de este fenómeno, se articulará un análisis comparado con el proyecto de Renovación peronista característico de la década de 1980' que, entre otros aspectos contrastantes, se ciñe dentro de los límites del Partido y apela a los peronistas como comunidad de referencia.

RENOVACIÓN – CONURBANO – REPRESENTACIÓN – ELECCIONES – PERONISMO

### **INTRODUCCIÓN**

En las elecciones generales de 2007 la pelea por los gobiernos municipales fue uno de los mayores atractivos en el territorio bonaerense, donde se esperaba un triunfo seguro del oficialismo, tanto en las presidenciales como en la gobernación y en las elecciones legislativas. Dos rasgos fundamentales de estas elecciones fueron, primero, el uso de listas colectoras<sup>1</sup> y segundo, el hecho de que la inmensa mayoría de los intendentes buscó su reelección.

El Frente para la Victoria presentaba varias listas que en todos los casos llevaban a Cristina Kirchner y a Daniel Scioli como candidatos a presidente y gobernador respectivamente, pero que en el orden local tenían diferentes candidatos a intendente. En la mayor parte de los entonces 134 distritos bonaerenses se permitió el uso de listas colectoras, con contadas excepciones. El Frente para la Victoria decidió otorgarle la "lista oficial" a los intendentes que decidieran buscar su reelección, pero resolvió habilitar también otra lista a jefe

comunal en algunos distritos, básicamente en los que el intendente apareciera "mal posicionado". Esto, por un lado, podía ejercer un efecto de sumatoria para la acumulación de votos en las categorías de gobernador, diputados nacionales y presidente, pero por otro lado potenciaba la fragmentación del voto kirchnerista a nivel local<sup>2</sup>.

En el Conurbano (que reúne 30 distritos, que forman parte de la Primera y la Tercera Sección)<sup>3</sup>, este fenómeno fue mayoritario. En la Primera Sección (norte y oeste del Conurbano) se presentaron en 2007 cuatro listas en Escobar, San Fernando y Vicente López y se inscribieron tres candidatos a intendente en San Martín, Hurlingham, Marcos Paz, San Miguel y Suipacha. Dos listas fueron inscriptas en General Rodríguez, Luján, Malvinas, Mercedes, Morón, Navarro, San Isidro y Tres de Febrero (pero el candidato opositor a Curto se bajó de la elección tres semanas antes del 28 de octubre). De esta manera, sólo se anotaron listas únicas en Campana, Pilar, Las Heras, Ituzaingó, José C. Paz, Merlo, Moreno y Tigre. En la Tercera Sección sólo "consiguieron" lista única los intendentes Florencio Varela, La Matanza y Magdalena. Además del récord de Lomas de Zamora (5 listas), se inscribieron tres candidatos a intendente en Berazategui, Brandsen, Cañuelas, Echeverría, Ezeiza, Quilmes y Punta Indio. Y dos en Avellaneda, Berisso, Ensenada, Presidente Perón y San Vicente. En la Octava Sección (La Plata), se presentaron tres listas (Pablo Bruera, Carlos Castagneto y el intendente Julio César Alak). En el resto de las secciones se vio el mismo fenómeno.<sup>4</sup>

Agrupando los diferentes casos, la aprobación de mayor número de listas colectoras se puede deber a distintos factores, que se dieron en muchos casos de manera simultánea. Primero, como es obvio, la cantidad de listas dependía de la existencia real de más de un candidato interesado en plegarse al Frente para la Victoria, pues en algunos casos no hubo multiplicidad de listas simplemente por falta de "demanda" de apoyos oficiales y no por la acción deliberada de los intendentes para bloquear las candidaturas. Segundo, la habilitación de listas colectoras estaba vinculada a la debilidad electoral de algunos intendentes que buscaban su reelección, por lo que el uso de las mismas servía para sumar más votos en las categorías de gobernador y nacionales, ya que el intendente local podía efectuar poco "arrastré". Tercero, ante la presencia de kirchneristas "puros" que desafiaban el poder local, el Frente para la Victoria se veía presionado a apoyar a los ejecutivos locales (que se creía tenían más posibilidades de vencer) y al mismo tiempo dar su aval a los opositores, que se encontraban dentro del Frente desde hacía más tiempo. Muchos de los intendentes devenidos "kirchneristas" en las elecciones 2007 habían participado de la contienda electoral de 2005 apoyando la candidatura de Hilda "Chiche" González de Duhalde en oposición a Cristina Fernández de Kirchner, que se presentaba bajo la denominación de Frente Para La Victoria. Varios de los nuevos candidatos que triunfarían en 2007 enfrentándose a los oficialismos locales, ya en 2005 se encontraban dentro del espacio kirchnerista, por lo que solicitaban el apoyo merecido del Frente<sup>5</sup>. Cuarto, en donde los intendentes pertenecían a fuerzas políticas no estrictamente oficialistas, pero dentro del marco de la Concertación, el Frente Cívico, etc., aparentemente se favoreció un mayor margen para el armado de listas colectoras, como es el caso de Vicente López, San Isidro, San Martín y Morón. En estos casos la

habilitación de listas fue un hecho meramente simbólico, pues no tuvieron un importante peso electoral ni desafiaron seriamente a los intendentes que buscaban su reelección.

En unos pocos distritos el uso de las listas colectoras estuvo fuera de la discusión, lo que impidió que otros sectores kirchneristas disputaran las intendencias apoyados oficialmente por el Frente para la Victoria. Entre los distritos del Conurbano bonaerense, esto merece una breve mención. En La Matanza, el candidato a vice gobernador y ex intendente de dicha localidad, Alberto Balestrini (quien sería electo Presidente del PJ provincial), logró bloquear el uso de listas colectoras, que de todas maneras tenían poco peso electoral. En Florencio Varela, donde se reeligió a Julio Pereyra, el presidente de la Federación Argentina de Municipios (FAM), no se habilitaron listas colectoras. En Ituzaingó, Alberto Descalzo (que apoyó la candidatura de Cristina Fernández de Kirchner en 2005) no tuvo contendientes. En Tres de Febrero se habían aceptado dos listas pero Hugo Curto logró ser el único con la denominación Frente para la Victoria. Lo mismo ocurrió en José C. Paz, Merlo, Moreno, Tigre, y Pilar. Esto puede interpretarse también como consecuencia de múltiples factores: el peso electoral de los distritos, y por lo tanto la capacidad de “extorsión” de los intendentes con mostrado control sobre los “aparatos” en sus localidades; la intención deliberada del Ejecutivo Nacional de que una fuerza obtenga la mayoría (el caso de Tigre); y la “premiación” de aquellos intendentes que apoyaron al kirchnerismo en 2003 y 2005, en comparación con el escaso apoyo brindado a los kirchneristas ‘tardíos’.

El segundo elemento a destacar en la conformación de la oferta electoral de 2007 es la búsqueda de reelección por parte de una importante fracción de los 134 gobiernos locales. Si miramos sólo el Conurbano Bonaerense, la inmensa mayoría de los intendentes se presentó con el respaldo del gobierno nacional, que en algunos casos apoyó a más de un candidato del espectro kirchnerista<sup>6</sup>. Los únicos tres distritos donde sus jefes comunales no buscaron la reelección fueron Tigre, donde el vecinalista Hiram Gualdoni decidió no competir; Almirante Brown, en el que el kirchnerista Manuel Rodríguez tampoco hizo uso de esa posibilidad, y San Vicente, cuya intendente, Brígida Malacrida declinó su postulación en favor de Antonio Arcuri, su marido, un miembro del PJ devenido aliado kirchnerista.

No todos los intendentes tendrían éxito en su apuesta reeleccionista. Mientras algunos contaron con un apoyo mayoritario (facilitado en ciertos casos por la no existencia de listas colectoras que los desafiaron), otros fueron reelectos por márgenes muy pequeños, seguidos de cerca por algún otro candidato kirchnerista. Pero los casos a los que dedicaremos mayor atención son aquellos en los que los oficialismos locales fueron vencidos por listas alternativas que se encontraban dentro del espacio del Frente para la Victoria.

En la totalidad de la provincia, en 79 de los 134 distritos hubo reelección<sup>7</sup>. En el Conurbano hubo 22 reelecciones, y las 15 localidades en que el intendente electo obtuvo mayor porcentaje de votos (39 a 56 por ciento) fueron: 8 de las 9 intendencias donde no se habilitaron listas colectoras (el noveno distrito es Tigre); 3 de los 4 distritos conducidos por intendentes cercanos al kirchnerismo,

pero de pertenencia original a otros partidos (Ivoskus en San Martín, Sabbatella en Morón y Posse en San Isidro); 4 distritos donde se permitió el uso de colectoras, pero que contaban con un apoyo minoritario (Malvinas, Hurlingham, Berazategui y Ezeiza, en los cuales los intendentes utilizaron la denominación del Partido Justicialista). En los restantes distritos el intendente logró entre un 17 y un 33 por ciento de los votos. En todos estos casos hubo listas colectoras, y el caso de menor porcentaje se dio en Lomas de Zamora, donde se presentaron 5 listas del Frente para la Victoria. El caso de Vicente López fue el que menos porcentaje obtuvo entre las intendencias en los márgenes del kirchnerismo, y también fue el que se tuvo que imponer frente a más listas colectoras dentro de este grupo (4 listas del kirchnerismo).

Las restantes ocho intendencias del Conurbano experimentaron un cambio de intendente (Tigre, Quilmes, Lanús, Almirante Brown, Esteban Echeverría, Escobar, San Miguel y San Vicente). En Tigre, obtuvo el mayor porcentaje de votos Sergio Massa, candidato posicionado desde el nivel nacional<sup>8</sup>, que se enfrentaba al vecinalismo. Massa obtuvo más de un 40 por ciento de los votos, y no se habilitaron listas colectoras en este distrito. Es por ello que tiene cualidades diferentes al resto de los casos. El caso de Escobar es también excepcional, porque el candidato ganador, Sandro Guzmán, pertenecía al oficialismo local (PaUFe), siendo el sucesor elegido por Luis Patti. Guzmán luego se alinearé al kirchnerismo, hasta pasar a conducir el PJ local. Las restantes localidades compartieron varios rasgos en esta elección: primero, obtuvieron entre un 25 y un 35 por ciento de los votos, disputando el cargo muy de cerca con los intendentes que buscaban reelección o los candidatos lanzados por los ex intendentes; y segundo, disputaban el poder con otros candidatos que formaban parte de la misma fuerza política en el nivel provincial y nacional, el Frente para la Victoria. Todos ellos comparten la cualidad de ser vencedores “accidentales” (aunque su triunfo no fuera siempre tan sorprendente) frente a las predicciones realizadas antes de las elecciones. En especial, en relación a la idea de que los “aparatos” articulados gracias al uso de fondos estatales (mediante a la apelación a prácticas clientelares tradicionales), son factores determinantes en los resultados electorales (Calvo y Murillo 2004; Brusco, Nazareno y Stokes 2004).

Los nuevos intendentes aparecieron en una variedad de medios de comunicación con posterioridad a su victoria en las urnas<sup>9</sup>, donde se remarcaron los aspectos “renovadores” de estos resultados: habrían vencido electoralmente a intendentes que hacían uso de prácticas clientelares; eran kirchneristas de “la primera hora”, y tenían una relación distante con el Partido Justicialista; sus propuestas de transparencia, modernización y superación del pasado, planteando una relación más directa entre sus personas y el electorado (en contraste con la apelación a la simbología peronista), habían sido lo que los había llevado a triunfar en las urnas. La “ciudadanía autónoma”<sup>10</sup> había hecho entrada en la escena política, y había votado según las propuestas de los candidatos y frente a gestiones locales deficientes. Aparecían como “nuevos” en la política, con un énfasis en mejoras concretas en lugar de recurrir a viejas estructuras y fórmulas. En los casos de Quilmes, Lanús y Almirante Brown, como veremos más adelante, los nuevos intendentes se presentaron desde una identidad de vecino-militante que apelaba a una transformación política de

carácter nacional, al mismo tiempo que respondía a las “demandas” de los vecinos del municipio para la resolución de sus problemas cotidianos.

Se presentaba así un escenario en que se había vencido al “aparato” del Partido Justicialista, y en el que se transfería al espacio local el proyecto de la ‘renovación’ que venía personificando el kirchnerismo a nivel nacional. Los líderes renovadores se presentaban a la vez como quienes establecían un vínculo directo con la ciudadanía, sin mediaciones partidarias, portando el cambio y promulgando una mejor gestión local; por otro lado, desarrollaban un discurso en que la militancia en la juventud peronista tenía un rol importante y hacían apelaciones a la búsqueda de un nuevo modo de “ser peronistas”, siendo acompañados por un conjunto de organizaciones partidarias y movimientos militantes en el proceso de la elección.

Este proceso de renovación puede ser comparable (y de hecho tiene en varios casos ciertos antecedentes) en la constitución del peronismo Renovador a partir de la derrota del Partido Justicialista en las elecciones generales de 1983. Tomar esta referencia nos es útil para delimitar elementos en común y diferencias que nos permitan entender el discurso y las prácticas de la ‘renovación’ en nuestros días.

Las hipótesis que se presentan en los sucesivos apartados se refieren a las dinámicas transformadoras de la representación política en la historia reciente argentina, a partir de los casos estudiados: en primer lugar, se sostiene que la idea de la ‘nueva’ política y de la ‘renovación’ es postulada como un modo de rehabilitar el vínculo político entre representantes y representados en contextos ‘traumáticos’; la segunda hipótesis es que la impronta renovadora aparece a la vez como eje de diferenciación y de integración bajo un liderazgo en la construcción política, estableciendo un proceso de deconstrucción y de posterior reconstrucción o restauración de identidades ‘astilladas’; por último, la renovación se presenta como un proceso transformador de una identidad y una organización política particular, que a la vez ejerce una influencia por fuera de sus propios límites, ya que el “dentro” y “fuera” del partido y la apelación a sujetos políticos tradicionales y nuevos se muestra como un discurso y práctica “renovadora”.

## **LA ‘RENOVACIÓN’: DE LA ‘ANTI’ POLÍTICA A LA ‘NUEVA’ POLÍTICA**

En la Argentina, así como en el resto de las democracias del Hemisferio Occidental, ha surgido hace años el debate acerca de la crisis de los partidos políticos (Panebianco 1990), y se ha sostenido el argumento de que la misma implica una crisis para la representación misma. Esto significa que la debilidad actual de los partidos políticos para obtener un apoyo duradero de los votantes, expresado en forma de identidad política estable, implica que la relación entre representantes y representados se encuentra dañada. Asimismo, la escasa identificación partidaria en la ciudadanía lleva al diagnóstico de apatía política y despolitización, lo que implica que los individuos se han replegado a la esfera privada y tienen escaso interés por los asuntos públicos. Otros argumentos que señalan la crisis de la representación hacen referencia al debilitamiento de la

trascendencia por esta denuncia a la clase política y por el rechazo de la distancia entre representantes y representados, lo que lleva a una exigencia de identificación absoluta entre unos y otros, resultando en la imposibilidad de la existencia de la comunidad política o el mundo común (Schnapper, 2004).

También se ha sostenido la idea de que nos enfrentamos no a una crisis sino a una metamorfosis de la representación (Manin, 1998), o a una mutación que implica el surgimiento de poderes indirectos que amplían la legitimidad democrática (Rosanvallon, 2007, 2010). La crisis implica que un modelo anterior se ha agotado, que el gobierno representativo como tal no encuentra legitimidad en las democracias contemporáneas, mientras que el argumento por la metamorfosis lleva a la conclusión de que la representación sigue presente, es decir el establecimiento de un vínculo entre aquel que es representado y aquel que representa vuelve a editarse de otra forma y a través de otros medios.

Cuando se habla del agotamiento de la existencia de partidos políticos, esto se hace especialmente en términos de las identificaciones sociales estables entre fracciones de la sociedad y determinadas organizaciones políticas. Hoy en día las opciones son más volátiles, cambian de elección a elección e incluso se registran los cambios del humor ciudadano. Ya no hay un sujeto popular adherido a una u otra fuerza política, sino que ha irrumpido en escena 'la gente', cuyas apariciones en el escenario público son fugaces e intermitentes en las calles, o virtuales y mediadas a través de las encuestas de opinión pública y los medios de comunicación (Rosanvallon 2007). Las transformaciones vinculadas a la mediatización implicaron a la vez un cambio en la fisonomía del propio espacio de la comunicación política, ya que la inmediatez (a través de los medios) conduce a un mayor peso de las imágenes y la personalidad de los candidatos en la elección (Manin 1998). Los éxitos y fracasos de las gestiones cada vez menos pueden ser transferidas a entidades partidarias, coaliciones u otro tipo de actores por encima de la individualidad de quienes están al frente de los gobiernos. La necesidad de competir exitosamente en las elecciones lleva a que las personas -y no los partidos- sean los portadores de la credibilidad y la confianza de la ciudadanía.

Dado nuestro calendario electoral, en el que con tanta asiduidad ponemos nuestro voto en las urnas, el período en que los candidatos electos permanecen en sus cargos va a depender de cuán cercanas sean las elecciones intermedias y de su capacidad de legitimación constante. Ejecutivos nacionales, provinciales y locales están sujetos entonces a los vaivenes de la opinión, que resuena en las elecciones, hoy con más fuerza que en el pasado. La medición de imagen de quienes se encuentran en funciones puede determinar que un intendente pase a encabezar una lista de concejales, para "arrastrar" los votos que no puede su partido, frente o coalición, porque la ciudadanía identifica y elige liderazgos, que luego montan a su alrededor armados políticos (partidos, sindicatos, organizaciones de la sociedad civil, movimientos sociales) que contribuyen a su éxito, pero ya no tienen un efecto determinante de identificación con el electorado (Cheresky 2006b).

La *crisis* de una forma particular de representación (la vinculada a los partidos políticos) y la *metamorfosis* del gobierno representativo (que encuentra otras

vías de relacionamiento entre representantes y representados) se vinculan con transformaciones debidas principalmente a los cambios en el mundo del trabajo (Castel 2001), las comunicaciones (Castells 2001; 2002) y la movilidad a nivel mundial (Bauman 2000). Pero en Argentina tienen que ver también con momentos históricos que implicaron proyectos de refundación de las identidades, las instituciones y los procesos políticos: el fin del proceso y el retorno a la democracia, en 1983; y la crisis de 2001 y la recuperación posterior a la crisis. Ambos momentos de ruptura se han presentado como coyunturas de reconstitución de la autoridad estatal, de la autoridad de las instituciones democráticas y de reconstitución de la nación. Y fue en esos momentos también en los que la política como esfera específica de acción, pero simultáneamente como “modo de institución de lo social” (Laclau y Mouffe 1985), han encontrado su momento refundacional.

En el caso argentino, la cuestión de la relación entre los políticos y la sociedad fue vista en sucesivos momentos como en estado crítico, y desde diferentes sectores ha surgido el imperativo de “renovar” la política, lo que se traducía en el establecimiento de una nueva relación con los políticos, cuyos asuntos era percibidos como disociados de los problemas de la sociedad. Pero, como señalan Novaro y Palermo, la cuestión de la desconfianza hacia los políticos y su carácter representativo, son cuestiones separadas: “la pérdida de confianza no se ha debido, en lo esencial, aun divorcio entre la sociedad y la política, sino al tipo de lazos que las han unido”. (palermo y novaro 2004, 31). Lo que está en juego es entonces no el hecho de que exista una “clase” política sino el modo en que dicha clase política se identifica con las demandas ciudadanas.

La despolitización que se da por sentada al analizar los niveles de abstención, voto en blanco y las acciones de denuncia, protesta y vigilancia ciudadana pareciera partir de un diagnóstico erróneo. Se trata aquí de pensar la relación entre este aparente rechazo a la política y la aparición y multiplicación de discursos vinculados a la “nueva” política, que estaría signado, como todo vínculo político dentro de la perspectiva de Ernesto Laclau, a partir del principio de identidad y diferencia. Es que en la “nueva” política que aparece en estos emergentes “renovadores” prevalece el elemento de negatividad: lo nuevo que se opone a lo viejo, un antagonismo que constituye precariamente una positividad y cuyo contenido se encuentra borroso. La “nueva” política encuentra su diferencia radical con lo viejo, lo tradicional y el pasado, pero al mismo tiempo no puede disociarse completamente de él.

De estos elementos “contra” la política, que pasan a “contra una forma” de hacer política, surge la fuerza de la novedad. Así, lo nuevo es un modo de rehabilitar lo político, en esta concepción de la acción que trae algo nuevo al mundo, en forma de nacimiento (Arendt 1997). Este nacimiento porta un carácter terapéutico (de curación), por lo que hoy se apela más que nunca a la llegada de las nuevas generaciones, de quienes vienen por fuera de la política, de quienes dejan de lado el pasado para prestar atención al presente. Esta política del presente y la presencia no carece de temporalidad, más bien rechaza la duración en el tiempo como modo de legitimidad y opta por la irrupción en el tiempo para su apelación a la ciudadanía.

Este carácter no predictivo del pasado se ve claramente en la irrupción de la “gente” como actor privilegiado de la política, en oposición a la figuración del pueblo –identitario- como comunidad de referencia. Como señala Vommaro (2008), las elecciones de 1983 demostraron la escasa capacidad predictiva que los indicadores tradicionales de la política para el resultado electoral. Y ello conllevó transformaciones. En 2001, con mayo énfasis, se mostró la escasa durabilidad en el tiempo de los apoyos basados en la legitimidad de origen (la electoral) para sostener un gobierno. Y es en estos escenarios, más fluidos y cambiantes, que la ‘nueva’ política hace su entrada en escena. Convive así con el rechazo a la política como actividad y con la vigilancia de los políticos ejercida por un ciudadano de carácter flotante (Manin). La nueva política es la otra cara de la despolitización y la autonomización del votante de las identidades políticas tradicionales, identidades hoy menos operantes al momento de establecer el vínculo de representación en cada escenario electoral o decisional específico.

Entonces, la negatividad, el “no-ser” algo, tiene un peso importante en la composición de la ‘renovación’, como así también de la identidad política en general. No son los atributos personales de los líderes sino su modo de posicionarse como negatividad del otro, como contraposición, lo que postula la renovación. El elemento importante es la alteridad: se trata de conglomerados *contra* (contra los que detentan el poder estatal, contra las elites partidarias, contra las viejas identidades). Pero la crítica a la política nacional, a quienes conducen, a lo tradicional, se presenta también como una búsqueda de un nuevo contenido, una nueva forma. Más allá de la definición en términos negativos (de cambio de personas, de cambio de generación, de cambio de organizaciones) se trata también de un relato, de una identidad concentrada en la narrativa del líder, que permite aglutinar a actores de diversos tipos y que aparece como un modo de organización política. Me refiero a las narraciones de las propias trayectorias de los líderes políticos, narraciones desde un yo que se asume a partir de una multiplicidad de identificaciones, las cuales se imprimen en una trama histórica concreta. Estas identidades, formuladas desde una narración (Ricoeur 1996; Arfuch 2002; 2005), son interpretadas y representadas en el espacio público. Siempre desde los márgenes, pero en el marco de la militancia “apasionada”, estos relatos se conjugaban en un proyecto esperanzador. La historia personal convive a la vez con la personificación del cambio, de lo que viene, de descartar lo viejo y hacer lugar a lo nuevo, como una figuración de la juventud que estos líderes asumen para sí.

Estas identidades tienen su correlato en un modo de concepción de la organización política. No tiene solamente implicancias para los liderazgos, sino que se toma como vínculo: en primer lugar, como modo de identificación de fragmentos del relato con la militancia y las organizaciones que acompañan la gestión y que llevan adelante las campañas y el reclutamiento de adeptos; en segundo lugar como identificación con el electorado, con quienes se autodenominan peronistas, con quienes se piensan vecinos, etc.; tercero, las identidades tienen relevancia para las prácticas, pues llamarse de una u otra manera trae tras de sí un bagaje de tradiciones y modos de hacer que se dan por entendidos. Es por ello que no sólo es relevante el estudio de las identidades narrativas de los liderazgos, sino también de la militancia y de la

ciudadanía en general. La identidad como lazo, como narración, nos puede dar la pauta del modo en que se reeditan los vínculos y los modos de hacer en un contexto geográfico e histórico dado.

Las preguntas que surgen de este análisis y el aspecto “novedoso” de pensar la “novedad” en política, nos enfrenta con el desafío de historizar la aparición de estos discursos y apelaciones, de poner este diagnóstico en perspectiva, encontrar sus antecedentes y distinguir sus aspectos particulares y su relación con contextos y actores específicos. Es por ello que debemos interrogarnos acerca de ¿Cuán “nueva” es la “renovación”? Podemos distinguir el carácter negativo, narrativo y de irrupción presente en la política más allá de los contextos históricos específicos, como un modo de caracterizar lo político en su ontología, pero al mismo tiempo podemos advertir sobre el cambio en el énfasis en el aspecto “renovador” de un fenómeno, liderazgo u organización como una transformación en el modo de legitimar la distancia de los representados. Eso es lo que analizaremos en la próxima sección, comparando el fenómeno de la “renovación” kirchnerista con la Renovación de los años 80’.

## **LA ‘RENOVACIÓN’ COMPARADA: ACCIDENTE Y PROYECTO, DESTRUCCIÓN Y RESTAURACIÓN**

Puede rastrearse entonces la aparición de la novedad y la renovación en el escenario político de retorno a la democracia a partir de 1983<sup>11</sup> y con mayor acento a partir de la crisis de 2001. La comparación entre la experiencia de la Renovación de 1984-1989 y la renovación kirchnerista de 2003-2009 (con mayor atención al período 2007-2009 en el plano local) servirá, por un lado, para distinguir momentos políticos diferentes, y, por otro, para reconocer una trayectoria y una ligazón con experiencias pasadas, las cuales son usualmente soslayadas al analizar el gobierno kirchnerista. Lo mismo ocurre con la década de los ochenta, en la cual se presenta un punto de partida en el que todo surge del pasado pero como nuevo. La referencia a las trayectorias pasadas nos permite colocar a los actores en un mundo ya existente, y resituar sus discursos y prácticas en una trama de sentido construido en el pasado y en el presente.

Siguiendo las trayectorias paralelas de ambas experiencias de renovación, el objetivo es distinguir puntos de contacto y contraste, y reconocer a la vez una trayectoria de la evocación de la renovación en la historia reciente argentina, pues los actores remiten a un pasado que se presenta como marco de sentido para sus prácticas. Renovadores de ayer y hoy rehabilitan el recuerdo, y a partir de ello elaboran nuevos discursos para el presente.

Se puede comenzar por hablar de dos “accidentes”: el primero, que dio lugar a la ‘Renovación’ (con mayúscula), fue la sorpresiva derrota del Partido Justicialista el 30 de octubre de 1983, en la contienda electoral que marcó el retorno al régimen democrático. El segundo suceso accidental se dio cuando Néstor Kirchner fue ungido como presidente en las elecciones de 2003, en medio de la peor crisis socio-económica de la historia argentina. Así, una derrota y un triunfo inesperados llevaron a procesos de ‘renovación’ que implicaron reformulaciones de la identidad política del peronismo —y el

descubrimiento de aquello más allá de ella-, la reconstitución de su organización y liderazgo, y sucesivas revisiones de su pasado y futuro.

Más allá del hecho de que los protagonistas y testigos de estos procesos pudieran o no prever los resultados, lo importante a destacar de estos 'accidentes' es la construcción simbólica de lo imprevisible, lo contingente y lo indeterminado, que marcó un cambio en el modo de entender y de actuar en política desde la reinauguración del período democrático. La visión del resultado de una elección como incierto fue una novedad que se vincula estrechamente con la aparición del discurso sobre lo nuevo en política de allí en más. El juego de certidumbres y incertidumbres sobre el éxito o fracaso de las configuraciones políticas ocupó y ocupa hoy un rol importante en la evolución de estos procesos de renovación y marca fuertemente las etapas de división e integración de los actores políticos y la configuración de los escenarios. Una incertidumbre permanente, una permanencia incierta, son características de la política de hoy, y una de sus expresiones de ello es la 'renovación'.

En general, las experiencias y discursos de renovación a los que nos referimos han sido analizados desde el punto de vista de la identidad peronista, de la estructura interna del Partido Justicialista y de su interacción con otros partidos políticos, y se han revisado los contenidos metodológicos e ideológicos de cada formulación renovadora en términos de sus fortalezas y debilidades, y de la relación entre formas y contenidos, haciendo evaluaciones sobre el grado en el que las experiencias analizadas (siempre separadamente) implicaron o no un verdadero cambio de rumbo, una sepultura de lo 'viejo' -los viejos hombres, las viejas estructuras, las viejas prácticas- para dar lugar a lo genuinamente 'nuevo' -las generaciones jóvenes, el progresismo, la participación, la horizontalidad y la democratización interna. Pero las 'renovaciones' pueden analizarse también desde el punto de vista de lo que implican para la representación política, y de las mutaciones acaecidas en el vínculo entre representantes y representados en la Argentina desde el retorno de la democracia.

Del lado de las similitudes, puede señalarse que en ambas configuraciones se encuentra un fuerte elemento de crítica y denuncia a las prácticas políticas tradicionales y a un distanciamiento -sino de la ciudadanía-, del pueblo. Aparece allí el intento de destruir un viejo modo de hacer política, un discurso de cambio generacional, la forma de recrear el lazo entre representantes y representados. Esto va acompañado de un elemento que podría llamarse 'restaurador', es decir que a la fractura la sigue una reconstitución de un fundamento que se encontraba ya en los orígenes. La otra similitud se refiere a que la "renovación" aparece a la vez como un proyecto y un accidente. Son los escenarios electorales los que suscitan nuevos modos de discurso legítimo, esta vez centrándose en el valor de lo nuevo en la joven democracia argentina. Al mismo tiempo, hay actores políticos que motorizan estos cambios en el discurso y las prácticas. Las relaciones que forman cada vez estos nuevos escenarios son las que hacen a la percepción de un proyecto o de un hecho fortuito, en la construcción de los actores y la audiencia.

En cuanto a las diferencias, cabe señalar en primer lugar que se trata en el primer caso de un intento de canalizar la renovación al interior de las

organizaciones políticas vigentes, concretamente en la formación de corrientes internas al Partido Justicialista que compita en internas y formule posiciones propias, reconociendo la conducción partidaria. Pero es preciso matizar esta afirmación, pues revisando la historia encontramos un interesante paralelo entre las elecciones de 1985, en las que el peronismo renovador se presentó por separado y sin el escudo partidario, y las elecciones de 2005 también en la provincia de Buenos Aires, en las que se enfrentaron el Partido Justicialista y el Frente para la Victoria, disputándose el difuso espacio político que encontraba a la identidad peronista como una intersección. En el caso actual, se inventan nuevas organizaciones y los partidos se alinean detrás de líderes que constituyen ellos el vínculo con el electorado. Se apela a identidades, más o menos dependiendo del contexto, pero ya no se trata del sostenimiento de un diálogo interno de las organizaciones, aunque veremos que las relaciones con el partido son más complejas que esto.

Otra distinción a realizar es que el proyecto renovador de 1984 se basa como efecto de la derrota en el Partido Justicialista en las elecciones de 1983. Algo había cambiado en la Argentina y el peronismo precisaba replantearse su lugar. En el segundo caso, la “renovación” es configurada por el escenario de triunfo electoral en 2007, y también con los antecedentes de 2003 y 2005. Aquí la renovación la emprenden los que tienen las de ganar, y es esto lo percibido como un elemento que contribuye a su éxito. Por último, está la diferencia en la relación entre lo local y lo nacional, que va a la par del contraste en la organización política. El modo vertical de organización de la estructura partidaria acompaña a la del Estado, por lo que las posibilidades de vías alternativas en el plano local son de difícil concreción lejos del partido y de la intendencia. Toda la competencia se da internamente y de forma coordinada con la organización provincial y nacional. Pero en 2007 hay una desconexión entre los planos nacional y local y en la organización partidaria. El gobierno nacional apoya o quita el apoyo de manera descentralizada a proyectos de enfrentamiento que surgen del plano local, acompaña a candidatos vecinalistas y promulga la convivencia de más de un liderazgo bajo su ala. Las transformaciones del Estado en los planos local y nacional tienen también que ver con estas transformaciones.

En resumen, pueden tomarse los siguientes elementos conceptuales para analizar la ‘renovación’ en el nivel local en Argentina: el fuerte elemento de negatividad en la constitución del discurso de la renovación, acompañado por una contraparte de restauración y de constitución de una identidad positiva y el peso de los escenarios electorales; las transformaciones contemporáneas en los vínculos de representación y la organización política, y los cambios en la organización del Estado y de las relaciones entre lo nacional y lo local, que impactan también en las formas políticas contemporáneas.

En el caso de la Renovación de la década de los 80’, la fractura al interior del peronismo estuvo centrada en una (auto) crítica dirigida a la ‘ortodoxia’ del partido, acusada de conducir mal la campaña electoral y de no revisar y actualizar la doctrina peronista para los tiempos contemporáneos, negándose además a abandonar sus métodos verticales de ejercicio del poder, lo que fue considerado como la causa de la derrota en los comicios. Como señala Aboy

Carlés, se trató más bien una crítica que condenó a una facción del partido permitiendo a los renovadores salir “impolutos” de dicho proceso (Aboy Carlés 2004, 44). El ya legendario cierre de campaña de Herminio Iglesias prendiendo fuego el cajón es paradigmático de todos los elementos evaluados como negativos y dignos de la generación de un proceso de transformación en el movimiento peronista, en búsqueda de una nueva conducción. Así, durante los congresos partidarios de Odeón y Río Hondo se articuló una oposición interna a la ortodoxia, que tomó el nombre de Renovación, y postuló una serie de críticas y propuestas para reconstruir al peronismo triunfador del pasado, en un doble movimiento destructivo y restaurador de los fundamentos doctrinarios del desaparecido conductor del movimiento, el general perón.

Esta oposición se articuló primero al interior del partido y luego por fuera de él, como modo de probar fuerzas en la ciudadanía. Así, en un acuerdo con otras fuerzas políticas como la Democracia Cristiana, se presentó el Frente Renovador en la provincia de Buenos Aires en el año 1985, el cual salió triunfante en las elecciones frente a la otra fracción del peronismo conducido por la llamada ortodoxia. Esto permitió una vuelta al control de la estructura partidaria, dando lugar al triunfo electoral de 1987. La renovación terminó por incluirlos a todos, aun manteniendo la idea de la identidad peronista, en una organización englobante que ahora sería el Partido Justicialista, en una disputa entre el partido como aparato electoral (concepción que venía de la tradición movimientista del peronismo) y el partido como un jugador permanente en la política, como interlocutor del partido de gobierno y como custodio del régimen democrático (De Ipola 1987).

La constitución del peronismo renovador contribuyó a la invención de una tradición partidaria (y de un sistema bipartidista) que no había existido antes en la Argentina, y que para hacerse posible en aquellos años requería de una vuelta al pasado y de una mirada al futuro como uno de alternancia partidaria y de canalización de las identidades políticas a través de las organizaciones partidarias. Con y contra la historia del movimiento peronista, la Renovación rehabilitó al peronismo para la democracia en tanto que partido (Aboy Carlés 2004, 44), a la vez que dio lugar al surgimiento posterior de un liderazgo que iría más allá del partido para constituir un sentido común de la política transpartidario y transideológico.

El derrotero de la renovación que se abrió con el triunfo de Kirchner en las elecciones de 2003 tiene puntos de contacto y también grandes contrastes con la etapa anterior. El surgimiento del kirchnerismo, a partir de la llegada ‘accidental’ a la presidencia de Néstor Kirchner en 2003<sup>12</sup>, fue el comienzo de un proceso de desestructuración del Partido Justicialista y, lo que es más importante, de la lealtad del electorado y de los líderes peronistas en el distrito. No sólo como resultado de las estrategias políticas del kirchnerismo, sino especialmente porque estas estrategias se alinearon a las preferencias ciudadanas y al modo en que los actores políticos percibieron sus márgenes de maniobra, es que lo que antes había sido considerado un aparato compacto y controlado verticalmente por unos pocos, había pasado a no tener dueño y a ser un elemento más en el abanico de incertidumbres de la política.

El 2005 fue el primer experimento de desarticulación del conglomerado peronista en la provincia de Buenos Aires. Algunos sectores kirchneristas “de la primera hora”, entre ellos Florencio Randazzo y algunos diputados provinciales, propusieron a Felipe Solá y Néstor Kirchner la empresa de desarticular el “aparato” duhaldista en el Conurbano, por lo cual los candidatos kirchneristas se presentaron fuera de la estructura del PJ provincial, que no les daba cabida, para presentarse por el novedoso “Frente para la Victoria”, que había pasado de ser una simple etiqueta electoralista en 2003 (a la que no se apeló en la campaña presidencial) a un proyecto de articulación política de carácter más transversal. El Frente para la Victoria estaba formado por el Polo Social, el Partido de la Victoria, Nueva Democracia, el Partido para la Acción Nueva, el Frente Grande y H.A.C.E.R. por Buenos Aires, una serie de armados locales que llevaban las candidaturas de quienes serían diputados nacionales y provinciales y en 2007 veríamos como candidatos a intendentes. Allí el Partido Justicialista fue derrotado, especialmente en Senadores, ya que la lista de Frente para la Victoria obtuvo la mayoría de los votos. En cuanto a las bancas de diputados, el Frente obtuvo 18 bancas y el PJ tan sólo seis, en lo que fue la primera confirmación de la desarticulación del poder de los ‘barones’ en el Conurbano. Este triunfo político del kirchnerismo incidiría luego en los alineamientos del resto de los actores políticos del abanico peronista en las elecciones 2007, lo que daría lugar a la nueva creación de las listas colectoras y el intento abarcador del kirchnerismo que mencionamos anteriormente.

En las elecciones generales de 2007 las tensiones al interior del kirchnerismo fueron explotadas electoralmente a partir del uso de las llamadas listas colectoras, que permitieron que candidatos pertenecientes a diferentes sectores tanto dentro como fuera de la estructura del Partido Justicialista pudieran presentarse a elecciones para disputar los cargos locales (intendente, concejales y consejeros escolares). Esto dio lugar a que, en algunos casos, candidatos que se postulaban por fuera del espacio tradicional justicialista, desplazaran a intendentes que buscaban su reelección, encontrándose ambos -oficialismo y oposición local- bajo el gran “paraguas” del Frente para la Victoria. Estos nuevos intendentes, si bien tienen en común la característica de ser opositores en sus localidades y oficialistas en el nivel provincial y nacional, se diferencian por sus orígenes y pertenencias políticas: mientras algunos provienen del kirchnerismo “puro”, sin participación alguna en el Partido Justicialista a nivel local ni provincial, otros son parte de corrientes disidentes dentro de la estructura partidaria.

La vuelta en 2008 al Partido Justicialista, para ocupar su presidencia y llevar adelante internas de elección de autoridades en los municipios de la Provincia de Buenos Aires, puso en cuestión los alcances del proyecto transformador planteado por la renovación, volviendo a remarcar el polo más “restaurador” implicado en este proceso, por oposición al elemento de “destrucción creativa”. Aun así, no puede decirse que esto implicó la reducción de la comunidad de referencia del kirchnerismo a los límites del partido, pues incluso dentro de la identidad peronista la organización partidaria no operó nunca como modo de establecer una línea divisoria entre un “nosotros” y un “ellos”. Pero, de todas maneras, este nuevo suceso generó una reinterpretación de la evolución

pasada de la trayectoria kirchnerista y la puso aún más en línea con otras estrategias en el marco del proyecto Renovador de la primavera democrática.

Dos accidentes, decíamos. Dos proyectos en dos contextos diferentes. El primero desde la oposición para conquistar el poder; el segundo desde el poder para articular los fragmentos de lo que fue alguna vez un movimiento político. En el primer caso, se trató de un proyecto al que dieron nombre sus propios autores, de manera colectiva, mediante declaraciones y publicaciones. En el segundo caso, el nombre es dado por los testigos, por los analistas, desde afuera, construyendo su coherencia a partir de las acciones de uno y en general no como fruto de un discurso articulado por la conducción. Ambos, contruidos como una respuesta a 'lo que quiere la gente' y al pueblo peronista, ambos sujetos intangibles, pero cada día más pasibles de ser medidos. El pasaje de un contexto al otro, el peso del pasado inmediato –la larga noche del proceso y el estallido de la crisis del 2001- dictan el contenido de los proyectos. El futuro también tiene un peso. Pero cada vez más se trata de un presente, lo más cierto en un contexto de incertidumbre.

Dos escenarios conectados. Si bien estos procesos de renovación tuvieron alcance nacional, el escenario privilegiado de la competencia entre ortodoxos y renovadores y aquel en el cual se considera se configura el modelo del peronismo en pequeña escala es la provincia de Buenos Aires. El peronismo renovador de la década de los 80' comenzó por una crítica dirigida especialmente a la conducción provincial, y a la vez se configuró como un proyecto nacional que encontraba en cada localidad del país la realización de sus expectativas. En la experiencia kirchnerista fue la figura de Néstor Kirchner a nivel nacional lo que dio lugar a una competencia provincial, cristalizada primero en las elecciones de 2005 en la que se enfrentaron dos modos de pensar y hacer política y dos configuraciones de identidades que se solapaban: la personificada por Eduardo Duhalde, representada por la figura de su esposa y la del cambio kirchnerista, postulada también por la esposa del presidente. Dos mujeres que también ponían en juego la figura y el lugar de la mujer en la tradición peronista. Y luego, en 2007, la renovación se muestra con el triunfo en intendencias gobernadas por kirchneristas de la última hora, vencidos por aquellos que acompañaron la "renovación" desde su inicio. Por lo tanto, el territorio de la Provincia de Buenos Aires, y específicamente el Conurbano Bonaerense, aparece como el teatro de operaciones de la política en todos los niveles.

Puede verse que las trayectorias electorales, las alianzas y los escenarios de las disputas en torno a ambas "renovaciones" encuentran puntos de contacto y a la vez fuertes contrastes. Consideremos ahora la relación entre estos discursos y prácticas actuales en relación a identidades previas, específicamente la del peronismo, que se encontraba más presente en el discurso de los líderes renovadores de los 80' y que, si bien forma parte del repertorio de los cuadros kirchneristas, compete con otras apelaciones que van más allá de la comunidad de referencia tradicional del peronismo.

## **LA 'RENOVACIÓN' KIRCHNERISTA: MÁS ALLÁ Y MÁS ACÁ DE LA IDENTIDAD PERONISTA**

Vamos a referirnos ahora a la hipótesis sobre trazado de límites y diferencias, que convive a la vez con un movimiento hacia la intergración. Como se menciona en los reportajes a los líderes renovadores, lo que importa es marcar la diferencia de ideas para ganar la conducción. La lucha por la idea plantea el escenario, "el que gana conduce, los que pierden lo siguen". Hay un primer momento de diferencia, de establecimiento de otro próximo, seguido por un segundo momento de indiferenciación y establecimiento de un nuevo límite externo. Se trató de convencer a la "gente", no ya al pueblo", más allá del peronismo, que se evidencia no mayoritario, pero que continúa siendo un conjunto privilegiado, uno que debe tener mayor voz en las decisiones del partido y que debe tener líderes más representativos. Se trata entonces de una doble empresa: la de acercarse a los afiliados y militantes y la de convencer a la ciudadanía que este actor es democrático y puede ofrecer una alternativa al alfonsinismo, a partir de un mismo piso común.

En términos de la comunidad de referencia de las apelaciones de ambos procesos de renovación, en el '83 se evidencia que al revelarse que "el peronismo no era ya una mayoría electoral que podía darse por descontada, los renovadores extrajeron la conclusión de que esa mayoría no se reconstruiría abroquelándose en la exaltación identitaria el 'pueblo peronista'" (Altamirano 2004, 59). Así que el proceso que se abrió luego del retorno a la democracia estuvo vinculado con un restablecimiento de la relación entre los actores políticos que compartían un espacio que se llamaba peronista, con el conjunto de la ciudadanía. Así, la demanda de elección de autoridades y candidatos por el voto directo de los afiliados, hacía algo por expandir los límites de la organización, pero siempre dentro de la misma identidad. También se hacía referencia al hecho de que se había producido un excesivo distanciamiento entre las cúpulas del partido y la militancia, por lo que era preciso reconstruir una relación más cercana y que rindiera cuentas a sus afiliados.

Fue también el alfonsinismo y su campaña electoral lo que contribuyó paulatinamente al borramiento de las fronteras y de contenidos programáticos excluyentes. Las ideas de justicia social y de lo "popular" pasaron a formar parte de un piso común, y paulatinamente la figura de Perón pasó a considerarse, en paralelo con la de Yrigoyen, como parte de un legado histórico compartido, de un sentido común no problematizable. Esto implicó el corrimiento de los ejes que diferenciaban claramente al peronismo antes del Proceso: el hecho de que "el pueblo estaba con Perón" y que el movimiento peronista era el único que movilizaba el sentimiento. Así, paulatinamente la identidad peronista, si bien siguió y sigue operando en la "clase política" y en sectores importantes de la ciudadanía, no se vincula directamente con algo que genere diferencia, y diferencia significativa al momento de una elección.

En el período 2003-2009 la idea del peronismo puro, de la medición de cuán peronista era un líder, se solapó con la de la pureza del kirchnerismo. Lo que dio a llamarse el kirchnerismo "puro", que participaba desde los márgenes o por fuera del Partido Justicialista, era personificado, entre otros, por los intendentes

que ganaron frente a poderes locales que también contaban con el respaldo del Frente para la Victoria, pero cuyo cuño peronista tradicional había hecho que no participaran del lado de los “buenos” en las elecciones de 2005. En 2007 unos y otros participaron en listas colectoras que acompañaban la candidatura presidencial de Cristina Fernández de Kirchner. Y en 2008, algunos con mayor comodidad que otros, pero todos al fin, fueron candidatos a conducir el Partido Justicialista de sus localidades, que había sido sujeto de sus críticas en campaña por estar vinculado a prácticas clientelares, a la “vieja” política, a la corrupción y la imposición de consenso por la fuerza. Ahora estos mismos intendentes estaban haciéndose cargo del “muerto”, como espacio principal desde el cual se articularía la política provincial de allí en más. Esto significó un viraje en el discurso de los líderes de la renovación local, pues el Frente para la Victoria pasó a estar guardado en un cajón mientras se atestiguaba el renacimiento del tradicional Partido Justicialista, donde más que un proceso de renovación y “limpieza”, se llevaba adelante una reintegración de lo viejo con lo nuevo.

Estas internas fueron relevantes además porque lo que se dio no fue una lucha interna con la ortodoxia peronista, llamada ahora peronismo disidente. Este sector fue el gran ausente, optando por no ser parte de la contienda para luego realizar su armado político por fuera de la estructura partidaria para las elecciones de 2009. Todas las figuras referentes del duhaldismo, así como aquellas que tardíamente se acercaron al kirchnerismo en las localidades estudiadas, sin tener éxito electoral en 2007, decidieron dar un paso al costado para no poner a prueba sus liderazgos en la disputa. Así es como las internas, en lugar de servir para medir poder frente al peronismo opositor, resultaron en una reducción del espacio kirchnerista a los márgenes del PJ, pues sectores que apoyaban a los intendentes desde otras fuerzas partidarias o movimientos sociales se cuestionaron la participación en las internas.<sup>13</sup>

La relación peronismo-kirchnerismo tiene diferentes dimensiones, y una de ellas, que tiene consecuencias para la totalidad del fenómeno, es el problema de la identidad. A la luz de la comparación con la experiencia pasada, puede decirse que en un contexto de transformación de la ciudadanía, marcado especialmente por la elección de 1983 y la crisis de 2001, fue en avance la dilución de la diferenciación política a partir de identidades que no se encontraran en constante movimiento y reformulación. La identidad peronista devino la identidad de los líderes (había sido desde un principio esto mismo, pero se había tratado siempre del mismo líder, por supuesto) y las identidades de los líderes devinieron narraciones complejas, contradictorias y en constante incorporación de eventos nuevos. Así, el trazado de límites al interior del kirchnerismo y de éste en relación a otros actores confrontados, incorporó el elemento “peronista” en los modos de apelar particulares de sus liderazgos, dependiendo de sus “audiencias”. El kirchnerismo postuló una relación más acá y más allá del peronismo, en el sentido de que tomó como legado natural y no problematizado una proveniencia, como marca de nacimiento de sus líderes, pero a la vez realizó y realiza un juego de aparición y ocultamiento de dicha marca en un escenario político fragmentado por las cuestiones locales y nacionales, por la política mediática y próxima, por el acento en las personas y las organizaciones.

---

<sup>1</sup> Por parte del oficialismo principalmente. La oposición, ante la falta de un candidato presidencial que aglutinara a la mayoría del espectro anti K, apeló a otra fórmula de acumulación de votos: las listas "espejo". En este caso, un candidato a intendente opositor se presentó por varios partidos a la vez, de modo que iba pegado con distintas listas presidenciales o a gobernador.

<sup>2</sup> De todas formas, se evidenció en algunas localidades el uso del corte de boleta, mediante el cual los votantes ejercían una "entrada local" al cuarto oscuro, combinando la candidatura de un intendente kirchnerista con la fórmula presidencial de algún candidato de la oposición. Un ejemplo es el caso de Quilmes, donde una parte de los votos obtenidos por Francisco "Barba" Gutiérrez se combinó con la fórmula Carrió-Giustiniani para la candidatura presidencial, según los datos de encuestas de la localidad.

<sup>3</sup> Los distritos de la Primera Sección que forman parte del Conurbano son: Vicente López, San Isidro, San Fernando, Tigre, Escobar, Malvinas Argentinas, Tres de Febrero, José C. Paz, Gral. San Martín, Hurlingham, Morón, Ituzaingó, San Miguel, Merlo, Moreno, Marcos Paz, Gral. Rodríguez y Pilar. De la Tercera Sección, pertenecen al Conurbano los siguientes municipios: La Matanza, Ezeiza, San Vicente, Pte. Perón, Esteban Echeverría, Alte. Brown, Lomas de Zamora, Lanús, Avellaneda, Quilmes, Florencio Varela, Berazategui y Florencio Varela.

<sup>4</sup> En la Segunda Sección sólo se presentó una lista para intendente en Carmen de Areco y Exaltación de la Cruz. Se anotaron dos listas en Arrecifes, Baradero, Pergamino, San Antonio de Areco, San Andrés de Giles, San Pedro, Zárate y San Nicolás; y tres en Capitán Sarmiento, Colón, Ramallo, Rojas y Salto. En la Cuarta Sección se inscribieron listas únicas en Alberti, Bragado, Tejedor, Casares, Chivilcoy, Pinto, Viamonte y Villegas. Y se inscribieron dos listas en Chacabuco, Ameghino, Arenales, Yrigoyen, Alem, Lincoln y Nueve de Julio; y la cantidad de candidatos a intendente llegó a tres en Junín. En la Quinta Sección se presentaron listas únicas en Mar del Plata, General Belgrano, Las Flores, Lobería, Maipú, Montes, Necochea, La Costa, Pila, Rauch, San Cayetano, Tandil y Tordillo. El número subió a dos en Ayacucho, Chascomús, Dolores, Alvear, Guido, Lavalle, Madariaga, Mar Chiquita y Villa Gesell. Hubo tres listas en Balcarce, Castelli, General Paz y Pinamar. En el sur (Sexta Sección) se anotó un solo candidato a intendente en Benito Juárez, Dorrego, Daireaux, Cháves, Guaminí, Laprida, Monte Hermoso, Patagones, Pellegrini y Tres Arroyos. Y se inscribieron dos listas en Bahía Blanca, Alsina, Pringles, Rosales, Coronel Suárez, Lamadrid, Puán, Saliquelló, Saavedra, Tornquist, Tres Lomas y Villarino. En el centro bonaerense (Séptima Sección) se inscribieron candidatos únicos en Azul, Bolívar, Saladillo, Tapalqué y 25 de Mayo y dos aspirantes en Alvear, Olavarría y Roque Pérez.

<sup>5</sup> Un ejemplo es el caso de Lanús, donde Manuel Quindimil, que gobernó continuamente desde 1973 – con la interrupción del proceso militar de 1976- había sido opositor a Kirchner en 2005, mientras que Darío Díaz Pérez (diputado provincial que pertenecía a una línea opositora dentro del peronismo local) se había encontrado del lado del Frente Para la Victoria. En 2007, tanto Quindimil como Díaz Pérez se presentaron con listas colectoras por el Frente Para la Victoria. Algo similar ocurrió en Almirante Brown, ya que Darío Giustozzi había sido electo diputado provincial por el Frente para la Victoria en 2005, mientras Jorge Villaverde (presidente del PJ local) había salido electo diputado nacional en la lista del PJ disidente, detrás de Hilda "Chiche" Duhalde. Al igual que en Lanús, Villaverde había pasado a apoyar la fórmula kirchnerista con posterioridad a 2005, participando de la ola de plegamientos tardíos al kirchnerismo por parte de los "viejos" exponentes del PJ opositor.

<sup>6</sup> Quienes se presentaron para la reelección fueron: Manuel Quindimil, en Lanús, que fue por su octavo mandato, desafiado por el kirchnerista Darío Díaz Pérez; en Hurlingham, el peronista Luis Acuña; en Ituzaingó, el kirchnerista Alberto Descalzo, por su cuarto período; en José C. Paz, el también oficialista Mario Ishii, buscando su segunda reelección; el vecinalista Martín Sabbatella, por un tercer mandato en Morón, sin adherir a postulación presidencial alguna; en San Martín, Ricardo Ivoskus, un ex ARI que se pasó al kirchnerismo, también por su tercer mandato, desafiado por otros dos dirigentes K; en Pilar, Humberto Zúccaro, por su segundo mandato; Oscar Zilocchi en San Miguel, por su segundo mandato; en San Isidro, el radical "K" Gustavo Posse, para gobernar por tercera vez; Andrés Arregui en Moreno (segundo mandato); Miguel Prince en Luján (quinto mandato), Raúl Othacehé en Merlo (quinto mandato); Jesús Carigliano en Malvinas Argentinas (cuarto mandato); en San Fernando, Gerardo Amieiro disputó su cuarto mandato; en Tres de Febrero, Hugo Curto, por su quinta administración; por un sexto período consecutivo se presentó Enrique García en Vicente López; el peronista Baldomero Álvarez de Olivera por un cuarto mandato en Avellaneda; Julio Pereyra en Florencio Varela (quinto mandato); en Lomas de Zamora, Jorge Rossi buscó su primera reelección, desafiado por otros cuatro contrincantes K; Sergio Villordo, por su segundo mandato en Quilmes; Juan José Mussi en Berazategui; Alberto Groppi en Esteban Echeverría; Alejandro Granados en Ezeiza; en General Rodríguez, Marcelo Coronel; en La Matanza Fernando Espinoza; y en Presidente Perón Alfonso A. Regueiro.

<sup>7</sup> Para consultar los resultados de las elecciones a intendente consultar [www.juntaelectoral.gba.gov.ar](http://www.juntaelectoral.gba.gov.ar)

<sup>8</sup> Sergio Massa era Titular de la Anses. El candidato de Lanús, también tenía apoyo nacional, pero su posicionamiento era local. En Esteban Echeverría, Fernando Gray tuvo el apoyo Alicia Kirchner, y provenía de la Secretaría de Comunicación Social en el Ministerio de Desarrollo Social, pero fue determinante el apoyo local en la elección.

<sup>9</sup> Los principales diarios de la zona metropolitana, Clarín, La Nación y Página 12, realizaron reportajes a los nuevos intendentes y destacaron la noticia de la renovación al día siguiente de la elección. El seguimiento de la prensa contribuye al estudio de la configuración del proceso de renovación como importante para ser analizado.

---

<sup>10</sup> El concepto de ciudadanía autónoma es abordado por los trabajos del equipo de investigación "Las nuevas formas políticas", que ha llevado adelante esta publicación. Puede consultarse la bibliografía al final del documento.

<sup>11</sup> Esto no quiere decir que no haya experiencias que se hayan nominado como renovadoras en períodos posteriores, pues se encuentra el antecedente de "Renovación y Cambio" dentro del radicalismo y otras expresiones de "renovación" en sucesivos momentos en la historia argentina. Pero aquí partimos de la hipótesis de que ha cambiado el lugar del elemento "renovador" y "nuevo" para la articulación política a partir del retorno a la democracia en 1983.

<sup>12</sup> Ver Natanson, J. (2004)

## Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Aboy Carlés, G. (2004). Parque norte, o la doble ruptura alfonsinista. En M. Novaro y V. Palermo (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.

Aboy Carlés, G. (2005). Identidad y diferencia política. En F. Schuster, F. Naishtat, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.) *Tomar la palabra*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Altamirano, C. (2004). 'La lucha por la idea': el proyecto de la renovación peronista. En Novaro, M. y Palermo, V. *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.

Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2001). *Globalización: consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Brusco, V., M. Nazareno y S. Stokes (2004). Vote buying in Argentina. *Latin American Research Review* 39 (2): 66-88.

Cafiero, A. (1983). *Desde que grité viva perón*. Buenos Aires: Pequeñ Ediciones.

Cafiero, A. (1995). *Testimonios del 45 y del 2000 también*. Buenos Aires: GEL.

Cafiero, A. (1993). *El peronismo que viene*. Buenos Aires: Editorial Nuevo Hacer.

Calvo, E. y Murillo, M.V. (2004). "Who Delivers? Partisan Clients in the Argentine Electoral Market". *American Journal of Political Science Association* 48 (4): 742-757.

Castel, R. (2001). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Editorial Paidós

Castells, M. (2001). *La era de la información : economía, sociedad y cultura : el poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.

- Castells, M. (2002). *La era de la información : economía, sociedad y cultura : la sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cheresky, I. (1999). *La innovación política*, Eudeba, Buenos Aires.
- Cheresky, I. (2006a). La ciudadanía y la democracia inmediata. En *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Cheresky, I. (2006b). "La política después de los partidos", en Cheresky, I. (comp.): *La política después de los partidos*, Prometeo, Buenos Aires.
- Cheresky, I. y Pousadela, I. (comps.) (2004): *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*, Biblos, Buenos Aires.
- De Ipola, E. (1987). La difícil apuesta del peronismo democrático. En nun y portantiero (comps.) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur Ediciones.
- Di Tella, T. (1998) *Crisis de representatividad y sistemas de partidos políticos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Entín, G. (2004). Peronismo, liderazgos locales y partidos políticos. Las elecciones de 2003 en La Matanza. En Cheresky I. e I. Pousadela (Eds.). *El voto liberado. Elecciones 2003: perspectiva histórica y estudio de casos*. Rosario: Homo Sapiens.
- Ferry, Jean-Marc, Dominique Wolton et al, *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona. 1995
- Unamuno, miguel, Antonio Cafiero, julio barbaro y otros. El peronismo de la derrota.
- Gattoni, S. y Rodríguez, D. (2009) "Créase o no: alternancia política y desagregación de los poderes locales en el conurbano bonaerense (2005-2007)". En Cheresky I. (Ed.) *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Katz, R. y P. Mair 2002- the ascendancy of the party in public office. In Richard gunther,Montero y Linz. Political parties: old concepts and new challenges.
- Kirchner, Néstor y Di Tella, Torcuato (2003): *Después del derrumbe*, Editorial Galerna, Buenos Aires.
- Laclau, E. (2000). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En Judith Butler, Ernesto laclau y slavoj zizek. *Contingencia, hegemonía y universalidad*. Diálogos contemporaneos en la izquierda. Buenos aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau , E. y C. Mouffe.(1985). *Hegemony and socialist strategy*. London: Verso.
- Leiras, M. (2007). *Todos los caballos del rey. La integración de los partidos políticos y el gobierno democrático de la Argentina, 1995-2003*. Buenos Aires: Prometeo.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo: Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mair, P. (2005) *Democracy beyond parties*. UC Irvine: Center for the Study of Democracy.

- Manin, B. (1998). *Los principios del gobierno representativo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Maronese, L., A. Cafiero de Nazary V. Waisman (1985). *El voto peronista. Perfil electoral y causas de la derrota*. Buenos Aires: El cid Editor.
- Martuccelli, D. y M. Svampa (1997). *La plaza vacía*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Mc Adam, A. (1996). *Cafiero: el renovador*. Buenos Aires: Corregidor.
- Moncalvillo, M. y A. Fernandez (1986). *La renovación fundacional*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- Natanson, J. (comp.) (2004) *El presidente inesperado*. Rosario: Homo Sapiens.
- Novaro, M. (2010) *Historia Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Novaro, M. (2000): *Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas*, Homo Sapiens, Rosario.
- O'Donnell, M. (2005). *El Aparato. Los intendentes del Conurbano y las cajas negras de la política*. Buenos Aires: Aguilar.
- Panebianco, A. (1990): *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Alianza, Madrid.
- Pousadela, I. (2004): "Los partidos políticos han muerto! Larga vida a los partidos!" en Cheresky, Isidoro y Blanquer, J. M. (comps.) *¿Qué cambió en la política argentina?. Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*, Homo Sapiens, Rosario.
- Podetti, M., M.E. Ques y C. Sagol (1988). *La palabra acorralada, la constitución discursiva del peronismo renovador*. Buenos Aires: FuCaDe.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Rocca Rivarola, M.D. (2009). La diversidad debajo de la mesa: el conglomerado kirchnerista en el distrito de La Matanza. En Cheresky I. (Ed.). *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina* (pp. 267-303). Rosario: Homo Sapiens.
- Rodríguez, D. (2009). Un nuevo capítulo de la crisis de los partidos bonaerenses: acción del liderazgo presidencial y fragmentación política en el proceso electoral 2007. En Cheresky I. (Ed.). *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina* (pp. 165-200). Rosario: Homo Sapiens.
- Rosanvallon, P. (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.
- Rosanvallon, P. (2010). *La legitimidad democrática*. Buenos Aires: Manantial.
- Schnapper, D. (2004). *La democracia providencial*. Rosario: Homo Sapiens.
- Vommaro, G. (2008) *Lo que quiere la gente. Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*. Buenos Aires: UNGS-Prometeo.